

# Entre exilios y travesías: caballos por el fondo de los ojos

de Gerardo Mario Goloboff<sup>1</sup>

Toda lectura importa cierto sometimiento al código propuesto por el texto. Toda travesía exige una participación directa del viajero en la empresa que comparte. Ambas categorías —“lector” y “viajero”— son exigidas explícitamente por la propuesta de esta novela (cfr. pp. 121, 124-125, 141-142 *et passim*). El paso efímero del “visitante” (pp. 45, 50) queda supeditado a la concreta participación que sugiere la modificación de la nomenclatura del que se acerca a estas páginas. Estas variantes sugieren la postura que se ansía hallar frente al texto; exigen, además, una conducta frente a sus aperturas.

Aceptando las condiciones implícitas en una alternancia entre un “dentro” y un “fuera” en un espacio en el que estas limitaciones ceden ante su propia enunciación, opto por elaborar algunos lineamientos en un orden que quizá peque de “asimilaciones líricas”, consciente de que esta lectura incorpora ciertos planteamientos y se quiere texto con y desde esa incorporación.

Sábana/página; sangre/tinta: estos son los instrumentos que ge-

neran el espacio narrativo en el que se inscriben las múltiples fragmentaciones de Herman.

El cuerpo muerto, oculto, de su hijo, delinea los puntos que recorrerán las páginas de un texto; los espacios quedos que redactarán líneas que se ordenarán en un tiempo y un espacio inalterable. Salpicando la página/levantando la sábana manchada, se recuperarán actos y gestos situados en una reflexión que abarcará —y quizá no logrará explicar— la trayectoria de esa familia desde Kitay hasta su momento en una inominada morgue porteña.

Desde las tierras de las persecuciones y las matanzas, la sola idea de paz y tranquilidad, parceladas en unas hectáreas de un mundo desconocido bastaban para que se vieran colmadas dichas iniciales, para que vastos sufrimientos hallaran finalmente una posible justificación. Otras sangres se mezclaban con la propia para marcar nuevos senderos y transitar espacios que aguardaban su verdadero nombre. Para el nacido en esta tierra, el encuentro de sus antepasados ya no era solución. El hallazgo motivaba cuestionamientos e interrogantes sobre tradiciones heredadas desde lejanos y ajenos mundos. La respues-

ta de la tierra cultivada, el acercamiento al pueblo, el choque con la escena urbana, planteaban otras aperturas. Los espacios se abrían, las familias se desintegraban; los valores heredados eran sometidos al escarnio o a la mueca nostálgica; los ritos ya no cabían en los nuevos recortes: eran los días de otros mitos.

En las derivaciones de estas múltiples confluencias se sitúa Herman, hijo de colonos judíos, descendiente de un pueblo desplazado en busca de una historicidad materializada —que tampoco le satisfecerá—, padre de una esperanza enajenada que le escamotean las balas de la represión. Folclorismo e historia, conocimiento y recuerdos ocasionalmente imaginados, ansia de definiciones precisas y anhelo de paraísos desconocidos, respuestas parciales y búsquedas no menos fallidas, deseos que se agotan en la acción de desear; también allí está Herman.

Nacido en la Argentina sin que siempre se lo perciba como argentino; judío sin querer asumir lo que pudiera ser la “condición de judío”; judío-argentino y argentino-judío necesita ubicarse y más aún, creer en una historia que —sin un abandono total de la inocencia— ve en términos análogos

<sup>1</sup> Barcelona, Ed. Planeta, Serie Latinoamericana-Novela, 1976.

la represión de los quilmes y la de los asmoneos. Arquetipos únicos cuyas variaciones son meros ecos de metáforas que se "ahistorizan"; negación, en última instancia, de contextos específicos en aras de un regocijo que puede aplacar y tranquilizar: Sión puede estar donde hay alegría y paz. Pero la solución de sus antepasados Num y la fe de Isaac caducan frente a las miradas perdidas de Herman. Su mediana cultura, su aventura socialista —agotada en tanta buena voluntad juvenil— deriva paulatinamente en otras aventuras poco comunitarias, en la generación y multiplicación del fetiche que rige al sistema: el dinero que proviene de la nada: lo abonado (signo que poseía otros correlatos) por una seguridad afianzada en la seguridad de otros elementos no menos ficticios.

Hombre de múltiples fracturas, la seguridad material se transforma para él en un aliciente que azuza la culpa, que evoca lo aplacado con tanta carpeta y póliza lucrativa. Pero el análisis de su culpa nada alivia, las sesiones formales marcadas por el tiempo que se le escapa agudizan su conocimiento de que quizá ha errado el camino y subrayan la duda de que quizá ese y no otro era su camino. Herman, ya hecho (y desecho por tantos silencios y falsos seguros), renuncia a la posibilidad de seguir buscando activamente un "algo nuevo" aún indefinible, un "algo mejor" aún impreciso, por el que lucha y muere su hijo. Convencido de que "no hay murallas seguras", de que "la asimilación no existe, la tierra pro-

metida tampoco, del socialismo no hablemos" (p. 231), el asesinato de su hijo parece clausurar su última posibilidad de reencuentro y el hallazgo de algún sentido en la intuición de su error y el desconocimiento de la verdad.

Lo irreversible de la muerte selló toda salida a través de lo íntimamente suyo. Sin embargo, lo irreversible lleva a la producción del texto que abarca los fracasos de Herman y apunta a revisiones y a la necesidad de ver la historia desde una óptica que no sucumba a las fallas de este personaje. Enjuiciados sus actos, exacerbadas las propuestas unívocas y simplistas que contribuyeron a su caída, el texto afirma otras posibilidades y otras lecturas críticas.

La muerte de Roberto se imbrica a lo largo de la novela —polarizada ésta entre *Semillas* y *Cosas puras*—. Su presencia acentúa los orígenes de la familia mitificados en una discutible imagen pastoral de la colonia judía: la integración de los idiomas y los aprendizajes, la armonía del trabajo conjunto en una tierra que se quería sentir comunal y propia; la corrupción y el aparente éxito de Herman al entrar a las fiestas de la burguesía; las aventuras que desembocan en Nora y el enfrentamiento con su propia vacuidad, con sus carencias frente a la firmeza de Nora que corporiza su historia en la tierra que Herman siente ajena; en avances materiales signados por renunciaciones éticas y distanciamientos de su hijo; en el brusco detenimiento de su mundo al saber que —como indica No-

ra— ahora sí debe quedarse: ya tiene un muerto que cuidar. La sucesión causal de los hechos está quebrantada. Hay imágenes de personajes que asoman para entregarse al olvido de Herman. Hay narraciones subsidiarias sometidas a los desconciertos de un personaje en busca de su cuerpo y de una razón para entregarlo. Hay, por sobre todo, una necesidad de enunciar en un idioma de signos indecisos la presencia de múltiples estratos culturales y sociales que exigen una conjugación simultánea que no destruya sus componentes básicos. Se unen familias de orígenes y mitos desaparecidos, de historias distanciadas, que se alejan de una efímera existencia para permanecer en el tiempo de la escritura e "historizarse" en el tiempo de cada lectura.

Cada una de las secciones de la novela se recupera al volver a los orígenes: los hechos vuelven a ser vistos desde un ángulo diferente para rescatar el signo positivo de cada derrota y cada golpe. Lo que se ignoraba vuelve a alienarse para someterse a otra lectura: es ésta la que perdura mientras Num vuelve a ver lo de siempre: el *Libro*: el espacio escrito —la historia transcurrida— que no tolera lecturas / interpretaciones únicas, que exige revisiones y renovaciones, que frente a las fallas que conducen a muertes irrevocables exige nuevas pruebas, tentativas que desde experiencias cifradas en un lenguaje promueven actuaciones en el plano en que está situado aquel que reordena su historia desde la lectura.

□ Saúl Sosnowski